

Nota de F. E. Higgins

La última vez que nos encontramos yo estaba aislado por la nieve en el antiguo pueblo rural de Pachspass, donde Ludlow Fitch y Joe Zabbidou habían vivido tantas peripecias en *El libro negro de los secretos*. Mientras esperaba que la nieve se derritiera para seguirles la pista, descubrí las semillas de otra historia en una ciudad del sur. Se llamaba Urbs Umida y allí fue adonde me dirigí, porque quería ver con mis propios ojos el lugar del que el joven Ludlow había huido de sus malvados padres.

El río Foedus, que apenas había cambiado con el tiempo, discurría silenciosamente por el centro de la ciudad como siempre. La orilla norte había prosperado, pero la sur estaba prácticamente abandonada. Después de buscarla durante tres días con las pocas pistas que había obtenido de las memorias de Ludlow, encontré la callejuela donde estaba la casa de empeños de Lembart Jellico, el buen amigo de Ludlow. Para mi sorpresa la tienda aún se mantenía en pie y ahora era el señor Ethelred Jelco el que la regentaba vendiendo antigüedades. Fue él quien me vendió la exquisita cajita de madera con los deteriorados restos del diario de Pin y los artículos del *Chronicle* donde leí por primera vez acerca de Benedito Pantagus y Juno.

El Mago de los Huesos no es una continuación de *El libro negro de los secretos* ni lo precede, sino que lo «parace»», como a mí me gusta decir. Los acontecimientos de esta historia ocurrieron

EL MAGO DE LOS HUESOS

al mismo tiempo que las aventuras de Joe Zabbidou y Ludlow Fitch en Pagus Parvus. Para leerla no es necesario conocer la anterior, pero quizá al terminarla quieras leer *El libro negro de los secretos* para saber lo que ocurrió en él.

Aunque no es mi intención darte ningún consejo, sólo deseo revelarte lo que sé.

F. E. HIGGINS

Inglaterra



Prólogo

Diario de Pin

¡Odio con toda mi alma este maldito lugar, esta ciudad de pesadillas! La llaman Urbs Umida, Ciudad Fría y Húmeda, y se merece su nombre. Me ha quitado todo lo que yo más quería. Pero un día me iré de ella, será pronto, cuando sepa la verdad. Cruzaré esas puertas y me alegraré mucho de no mirar atrás. Qué agradable será no aspirar nunca más el olor a podrido y a descomposición, no ver nunca más unos ojos desesperados en las sombras y no oír nunca más el nombre de Deodonatus Snoad o leer las mentiras de su venenosa pluma.

¡Demonios, en este lugar hace un frío terrible! Estamos en invierno, es el último día de febrero. ¡Ay! ¡No puedo escribir más! Tengo los dedos agarrotados. Quiero dormir, envuelto en la oscuridad. A veces creo estar soñando y que pronto abriré los ojos y todo volverá a ser como antes. Pero cuando esta pequeña esperanza se atreve a asomarse en mi corazón, huelo el río y sé que la pestilencia que suelta es muy real.







1

Una extraña compañía

U n cadáver putrefacto a duras penas podría considerarse la compañía más divertida en una noche de invierno, pero Pin Carpue no hacía lo que hacía para charlar, sino por dinero. Esta noche sin embargo las cosas eran distintas. Si el cuerpo que estaba velando —la joven al que pertenecía se llamaba Sybil— hubiera revivido e intentado mantener alguna clase de conversación, él no le habría respondido aunque quisiera hacerlo.

Porque Pin acababa de sucumbir a una soporífera droga.

Sin poder apenas moverse, y mucho menos hablar, estaba en un estado semicomatoso tendido en un banco en un rincón de la oscura habitación. Lo último que su saturado cerebro recordaba era haberse ido de la habitación de la pensión. En cuanto a adónde estaba, era todo un misterio.

Haciendo un gran esfuerzo Pin logró abrir los pesados párpados de sus ojos. Se quedó mirando fijamente la penumbra, pero no era fácil distinguir lo que le rodeaba viéndolo todo doble. Sus pensamientos eran como nubes amorfas deslizándose indolentemente por el cielo. Pero esa sensación, ese mareante zumbido en medio de los oídos no era del todo desagradable, pensó.



EL MAGO DE LOS HUESOS

Oyó unas voces cuchicheando en alguna parte de la habitación y, de habérselo permitido, le habrían sumido de nuevo en un profundo sueño. Pero otra parte de él estaba lo bastante consciente como para saber que quería mantenerse despierto. A cualquier otro chico le habría resultado imposible mantener los ojos abiertos en tan difíciles circunstancias, pero Pin estaba acostumbrado a estar despierto hasta la madrugada. Era parte de su trabajo.

Del trabajo de velar difuntos.

También tenía un poderoso aliado en el bolsillo, un frasquito de cristal lleno hasta el borde con las aguas del río Foedus. Recoger su pestilente agua no era nada agradable, pero ahora se felicitó en silencio por haberlo hecho antes. ¡Si sólo pudiera alcanzarlo! Sus dedos, normalmente ágiles, eran ahora como de goma blanda e intentó levantar la solapa del bolsillo del abrigo y hurgar en él. Por fin consiguió agarrar el frasquito y sacarlo. Descansó un poco para coger fuerzas y trató de destaparlo. Al no poder hacerlo con la mano, se llevó con gran esfuerzo el frasquito a la boca, era como si estuviera moviendo el brazo por unas profundas aguas, y sacó el tapón de corcho con los dientes. Aspiró largamente el contenido del frasquito. Los ojos empezaron a escocerle y sintió un fuerte picor en las fosas nasales, como si hubiera mordido una semilla de mostaza.

«¡Demonios!», pensó mientras parpadeaba. Pero el brebaje había surtido efecto y al aspirar el contenido por segunda vez volvió en sí. Pin empezó a reanimarse y se concentró en la situación, aunque se sintiera exhausto.

Ahora recordaba dónde estaba. En la *Cella Moribundi*, la sala de espera de los muertos, en el sótano de la funeraria del señor Gaufridus. Por alguna misteriosa razón aquellas personas, las tres sombras que trajinaban alrededor de la mesa en el centro



Una extraña compañía

de la habitación, lo habían drogado. No pensó en intentar escapar, sus entumecidos miembros no se lo habrían permitido. Además, le daba la sensación de que no estaban interesados en él, sino en el cuerpo que yacía sobre la mesa.

—Se está despertando.

Al oír la voz de la chica sintió como si le hubieran inyectado una dosis de espanto en las venas. Vio una figura acercándose lentamente a él en medio de la oscuridad. Estaba aterrado y quería gritar, pero no salió ningún sonido de su garganta. Cerró los ojos con fuerza. Si ella creía que estaba dormido quizá le dejaría en paz. Sabía que se encontraba junto a él, porque olía a enebro y a la soporífera droga, unos aromas que no olvidaría fácilmente. Pin sintió el dulce aliento de la joven sobre su rostro.

—Dale un poco más —ordenó una voz de hombre.

—No, creo que sigue dormido —repuso ella. Y después ya no oyó nada más.

Pin lentamente, con precaución, se atrevió a abrir los ojos de nuevo. El agua del Foedus y el efecto duradero de la droga eran una potente combinación que le había dejado en una especie de mundo intermedio. Advirtió que habían vuelto a encender las velas y por las voces supo que se trataba de un hombre mayor, una chica y un hombre más joven (tenía un acento sureño). En el estado en que se encontraba apenas podía hacer nada. Así que siguió observando tendido en el banco, totalmente pasmado, el extraño drama que estaba a punto de representarse ante él.



2

El cementerio

Sólo unas pocas horas antes Pin estaba perfectamente. Abandonó la pensión donde se alojaba, en la calle Carcamal, después de tomar una cena ligera compuesta de cerveza, pan y pescado que ya empezaba a soltar un cierto tufillo, y caminó con dificultad bajo un chaparrón de granizo que se estaba convirtiendo en nieve por minutos. Pin siempre se alegraba de perder de vista la pensión. La calle Carcamal era la peor de la orilla sur del río Foedus, un lugar horrible comparado con el resto de calles. Las otras tenían uno o dos detalles que las hacían más transitables, como una ligera pendiente por la que las omnipresentes y fangosas aguas del río se deslizaban, o unos baches bien repartidos, pero en cuanto a la calle Carcamal no se podía decir nada a su favor.

Las casas altas y estrechas se habían construido de manera chapucera, levantándolas apresuradamente y apiñándolas en el poco espacio que quedaba. Las habitaciones las habían dividido y subdividido tantas veces que todas las casas eran unos auténticos laberintos por dentro. Lo cual dificultaba la labor de los agentes de policía cuando perseguían a los delincuentes. Al igual que las numerosas salidas y callejuelas que había detrás de las casas. Si alzabas la vista, la ligera inclinación hacia delante de los edificios te ponía los pelos de punta. Y también hacía que

la gran cantidad de nieve que se acumulaba en los tejados se desplomara periódicamente en medio de la calle. Algunas personas, no obstante, alzaban la vista agobiadas por la nieve y sus propias preocupaciones (y por los posibles carteristas). La calle Carcamal, como apenas estaba iluminada, era un refugio para cualquier clase de delincuente. Algunas noches el farolero ni siquiera aparecía, y aunque a unos pocos esto les resultara muy molesto, hay que reconocer que eran muchos los que se alegraban de poder dedicarse a sus tejemanajes en la oscuridad.

En cuanto al resto de la ciudad, el pavimento de la orilla sur del río estaba en su mayor parte en muy mal estado y las calles eran poco más que un montón de basura insalubre, revuelta a diario por los caballos y los carros de los que tiraban, y por los rebaños de vacas, cerdos y ovejas que pasaban por ellas los días de mercado. Cada noche la pila de basura se helaba por las bajas temperaturas. Y este invierno era inusualmente frío.

La casa de inquilinos de Barton Gumbroot estaba casi al final de la calle. Era un mugriento tugurio que Barton había dividido en la mayor cantidad de habitaciones posibles para cobrar cuantos más alquileres mejor. A Pin siempre le inquietaba volver a su habitación, fuera de día o de noche. Los residentes eran sin excepción gente extraña y cada uno tenía unos rasgos o unos hábitos desagradables, a menudo ambas cosas. En cuanto a Barton Gumbroot, Pin no pensaba confiar en un hombre que intentaba aprovecharse de él a la menor ocasión. Todo el mundo sabía que trabajaba como sacamuelas, otra profesión lucrativa, en el sótano. Noche y día cualquiera podía oír chillidos de dolor saliendo de él, pero nadie tenía estómago para investigarlos. De hecho, Barton le había insinuado en más de una ocasión que podía arrancarle uno o dos dientes a cambio de una semana de alquiler, pero él se había negado. Pin pensaba en estas cosas y en otras mientras ca-



EL MAGO DE LOS HUESOS

minaba apresuradamente junto al río. Al llegar al puente se detuvo en lo alto de las escaleras de piedra que llevaban al agua.

Los ricos son muy distintos, pensó compungido mientras contemplaba la otra orilla. El Foedus siempre había sido un río apesotado, pero su olor apenas se notaba en la orilla norte por el viento reinante. Incluso el aire que los ricos respiraban era mejor. Desde la escalera Pin podía distinguir las siluetas de las magníficas casas de los ricos. No necesitaba verlas a plena luz del día para saber que tenían relucientes ventanas, una fantástica carpintería, brillantes puertas, impecables pomos de metal, bonitos tejados de tejas rojas y gárgolas con el ceño fruncido.

Y sabía la clase de personas que vivían en ellas, las que se gastan el dinero en frivolidades y en diversiones banales para aliviar su aburrimiento. Y además no habían tenido que trabajar para ganárselo. Dios no permitía que aquellos hombres perfumados que vivían al otro lado del río, con sus puños de volantes y sus pantalones de seda, tuvieran que dedicarse a un trabajo honrado un solo día. Y en cuanto a sus buenas damiselas, de aire desdeñoso y faldas tan anchas que no pasaban por la puerta, se daban la gran vida, bebiendo té, dibujando y cantando. No, aunque la mayoría hubiera heredado su riqueza, esto no significaba que sus antepasados lo hubieran ganado honradamente. Pero el dinero no era lo único que los ricos heredaban. También llevaban en la sangre la duplicidad de generaciones. Tal vez no habían cometido los mismos delitos que los que se perpetraban cada noche al otro lado del río —a los ricos no les gustaba ensuciarse las manos—, pero seguían robando y asesinando a sus semejantes, aunque de una forma más sofisticada y a menudo con una cortés sonrisa en el rostro.

Puede que vivir al otro lado del río sea maravilloso, pensó Pin, *pero me pregunto si es mejor estar en una casa bonita que da a otra fea o estar en una casa fea que da a otra que es bonita.*



El cementerio

Sí, pensó mientras bajaba con cuidado al pegajoso lodo ne-gruzco de la orilla, la vida en este lado del río es dura, sucia y ruidosa, pero a pesar de todas sus cosas desagradables, entre los sureños al menos hay una cierta honradez, si es que se la puede llamar así. Con sólo mirarlos ya sabes lo que son. No pueden esconderse bajo unas prendas y unas palabras bonitas.

La marea estaba baja, pero pronto iba a subir. Pin se dirigió a la orilla del río. Era muy habitual encontrarse en el lodo alguna baratija que se le había caído a algún pescador al agua, pero esta noche Pin tenía prisa y no prestó atención. Se sacó del bolsillo un frasquito de cristal con dos asas y lo destapó. Sosteniendo un asa con delicadeza entre el pulgar y el índice, lo sumergió un poco y lo arrastró hasta llenarlo con la oscura agua del río. Después lo tapó con cuidado y subió corriendo las escaleras de piedra.

El Foedus era famoso en todas partes por el pestazo que echaba, aunque al olerlo cada día te acababas acostumbrando, como ocurre con cualquier cosa a la que te expongas a diario. Pero aquel día el tufillo del Foedus era tan espantoso en Urbs Umida que la gente incluso reparaba en él. Había la teoría de que con el tiempo los urbs umidianos se volvían inmunes a los olores. Esta teoría también se aplicaba a la pasmosa facilidad con la que podían zamparse algo medio podrido impunemente. Si no hueles la comida, no sientes su sabor. Aunque para Pin no era así. Tenía un olfato muy fino y advertía incluso los cambios más sutiles en el olor del río.

Cuando llegó al cementerio, nevaba con fuerza. Cruzó las puertas con la cabeza baja, casi topándose con una joven que salía de él. Ella levantó sus pálidas manos asustada. Pin al rozarla olió el tenue aroma que despedía, era mucho más dulce de lo que podía esperarse, y sintió el deseo de farfullar una disculpa antes de seguir.

EL MAGO DE LOS HUESOS

San Mildred era un campo santo casi tan viejo como la misma ciudad. Al igual que un pozo sin fondo, guardaba bajo tierra muchos más cadáveres de los que se indicaban en las lápidas. Aunque era más fácil de lo que parecía, ya que la tierra tenía una humedad y una acidez muy inusuales. Estos factores combinados aceleraban el proceso de descomposición de los cuerpos notablemente. Como el cementerio estaba en la punta de una colina, los jugos de los cadáveres se filtraban bajo tierra por la ladera hasta ir a parar al Foedus. Un ingrediente más a añadir a su tóxica sopa. Todo el mundo sabía que en cuestión de meses sólo quedaba el esqueleto de los cadáveres, un fenómeno del que hablaban a menudo en la taberna del Dedo Ligeros los que tenían conocimiento de él.

Pero Pin no pensaba en cadáveres descomponiéndose mientras caminaba entre las hileras desiguales de lápidas. Fue directo a una pequeña cruz de madera sin ninguna inscripción. Estaba ladeada hacia la izquierda y como la tierra se había congelado no le resultó fácil enderezarla. Al pie de la cruz yacía un pequeño ramillete de flores blancas marchitas, endurecidas por el frío, y Pin lo cogió antes de agacharse en la nieve.

—Bueno, mamá —dijo en voz baja—, siento haber tardado en venir a verte, pero el señor Gaufridus me mantiene muy ocupado. Esta noche vuelvo a trabajar. Como ya sabes, lo prefiero a tener que pasar una noche en la casa de Barton Gumbroot. Es un tipo astuto, siempre me está preguntando por papá. ¿Va a volver? ¿Va a hacerlo realmente? No sé qué creer.

Pin hizo una pausa después de cada pregunta, casi como si esperara una respuesta, pero no obtuvo ninguna. De modo que se sentó en el suelo junto a la cruz, temblando, sin advertir que los copos de nieve eran más grandes que antes, haciendo girar sumido en sus cavilaciones las flores que sostenía.